

HACIA LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

Aníbal Romero

(1986)

Introducción

En este estudio me propongo lo siguiente: 1) Describir brevemente los fundamentos del «balance de terror nuclear», y de la concepción estratégica que intenta darle sentido, conocida como «destrucción mutua asegurada» (*mutual assured destruction*) o MAD. 2) Plantear los dilemas que genera MAD en el terreno moral, político y estratégico. 3) Analizar los orígenes y significado de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) formulada por el presidente Reagan. 4) Discutir las implicaciones políticas y estratégicas de la IDE. 5) Analizar la reacción soviética ante la iniciativa norteamericana, así como las alternativas que se presentan al Kremlin. 6) Finalmente, adelantaré algunas conclusiones y daré mi opinión sobre la IDE y su posible impacto en la ecuación estratégica internacional.

La lógica de MAD

La «crisis de Cuba», de octubre 1962, fue inicialmente percibida como un significativo triunfo para Estados Unidos, y en cierto sentido sí lo fue. Hasta ese momento, si bien los superpoderes habían venido coexistiendo como «dos alacranes en una botella», el hecho es que uno de ellos, Estados Unidos, había mantenido una apreciable ventaja nuclear sobre la URSS. El *ensanchamiento* de esa ventaja a fines de los años 1950 y principios de la década de 1960 fue precisamente una de las razones fundamentales que condujeron a Moscú a tomar la riesgosa, y potencialmente catastrófica

decisión de colocar misiles de alcance medio en Cuba, un «portaviones inmóvil» colocado a menos de un centenar de millas de territorio continental norteamericano. El objetivo central del Kremlin no era «defender a Castro», sino utilizar la excepcional oportunidad que abría la revolución caribeña para intentar restaurar en alguna medida un equilibrio estratégico respecto a Washington, e impedir que se acrecentase aún más la brecha existente en el volumen, precisión y poder de fuego de los arsenales de ambos poderes.¹

La crisis de Cuba colocó al mundo al borde de una guerra nuclear, y demostró dramáticamente su posibilidad; a la vez, los eventos de ese apremiante mes de octubre convencieron a los líderes en Estados Unidos y la URSS, acerca de la imperiosa necesidad de establecer un diálogo en materia nuclear, pues hasta 1962 —y a partir de 1945— solo habían existido dos monólogos. Vista en perspectiva histórica, la consecuencia más importante de la crisis fue la decisión soviética, adoptada seguramente muy poco después de los sucesos de octubre y al más alto nivel de alcanzar como mínimo una posición de igualdad —o «paridad»— nuclear básica con Estados Unidos, e impedir a toda costa que la URSS volviese a colocarse en la crítica —tal y como fue percibida por el Kremlin en 1962— situación de inferioridad que les llevó a la humillación de Cuba. En función de ese objetivo, la URSS dio inicio a un programa de expansión nuclear de dimensiones realmente colosales, que en pocos años le permitió equiparar su arsenal nuclear con el norteamericano, y en algunos aspectos superarlo. (Ver tabla 1).

¹ Para una discusión más detallada de este proceso y su conexión con la «doctrina McNamara» de «respuesta flexible», puede consultarse mi libro *Estrategia y política en la era nuclear*. Madrid: Tecnos, 1979, pp. 83-90, 229-235.

Tabla 1
Cambios históricos en los arsenales nucleares EE.UU-URSS

		1963	1969	1973
EE.UU	ICBM	424	1.054	1.054
	SLBM	224	656	656
	LRB	630	560	505
URSS	ICBM	90	1.028	1.527
	SLBM	107	106	628
	LRB	190	145	140

ICBM: misiles balísticos intercontinentales (terrestres);

SLBM: misiles balísticos intercontinentales (submarinos);

LRB: bombarderos estratégicos.

Fuente: *The Military Balance, 1976-77*. New York: Institute for Strategic Studies International, 1980, p. 75.

El logro de «paridad» por parte de la URSS fue factor decisivo en la institucionalización del «balance de terror» Estados Unidos-URSS, así como en la conversión de MAD en verdadera ortodoxia dominante en el pensamiento estratégico-nuclear. La lógica de MAD es la lógica de la disuasión. Si Estados Unidos y la URSS, si así lo decidiesen sus líderes, o a causa de un accidente o pérdida de control sobre los eventos, van a una guerra nuclear total quedarán devastadas como comunidades humanas organizadas: los superpoderes pueden *destruirse* mutuamente, pero no

están en capacidad de *desarmarse*. Si el Kremlin o Washington decidiesen lanzar un ataque nuclear masivo y por sorpresa contra su adversario podrían hacerlo; nada, en lo político o militar, se los impediría, *pero ninguno sería capaz de evitar un ataque retaliatorio demolidor por parte de su enemigo*. Esto se debe a que, en las circunstancias prevalecientes, una parte sustancial de los arsenales nucleares de ambos poderes es *invulnerable* a un ataque por sorpresa —o «primer ataque»—, porque se encuentran —los misiles terrestres— bien protegidos en silos subterráneos, o surcando sigilosamente los océanos en submarinos nucleares, difíciles de detectar y destruir. Por tanto, esas fuerzas sobrevivientes a un primer ataque pueden lanzar un segundo ataque en respuesta que, desde luego, sería solo un castigo irracional, ante la «locura» del que se atrevió a asestar el primer golpe.

El balance de terror descansa, pues, en la *vulnerabilidad* de las poblaciones, ciudades y centros industriales de ambos poderes, que están inermes y sin defensa ante la eventualidad de un ataque nuclear, y en la *invulnerabilidad* de las fuerzas retaliatorias de ambos bandos, que representan la certeza de un castigo intolerable al que ose operacionalizar la amenaza nuclear. MAD, en lengua inglesa, significa «locura», y ciertamente, la ortodoxia del balance de terror está permeada de una innegable probabilidad de demencia político-estratégica. Hasta su aparición, el objetivo de la estrategia había sido básicamente *ganar* la guerra en función de determinados objetivos políticos; el propósito de la disuasión nuclear es, sin embargo, *evitar* una guerra cuyas catastróficas consecuencias dejan sin sentido la idea de una «victoria» políticamente

aceptable.² La utilidad de las armas nucleares se encuentra en su no-uso, como objetos «en descanso», terroríficamente amenazantes, pero lejanos y abstractos. Según MAD, entonces, la vulnerabilidad de las poblaciones, que se presume son el sujeto que debe ser protegido por la política y la estrategia nacional, es una virtud, y no un fracaso. La ausencia de defensas para la gente, las ciudades y los centros industriales, y la invulnerabilidad de las fuerzas retaliatorias, son los dos pilares de MAD.

Los dilemas de la locura

Como se explicó previamente, la disuasión nuclear depende, por una parte, de la invulnerabilidad de las fuerzas retaliatorias de ambas superpotencias, y por otra, de la infuncionabilidad de las defensas —activas o pasivas— ante un segundo ataque —o ataque de castigo—: si uno de los poderes «golpea» primero, habiendo adquirido la capacidad de defenderse y minimizar al máximo el contraataque del contrario, ello significa que el balance ha dejado de existir.

Ese precario equilibrio, no obstante, también podría romperse por otras causas. La disuasión tiene una ineludible base psicológica, pues la misma exige convencer a un agresor potencial de abstenerse de realizar acciones contrarias a los intereses que se defienden a través de la amenaza de retaliación o castigo.³ Ahora bien, el adversario puede *no creer* en la amenaza, o simplemente *subestimarla*. En suma, la disuasión nuclear puede romperse por una —o varias— de las siguientes causas: 1)

² Sobre los problemas de la definición de «victoria» en una guerra nuclear, puede verse mi trabajo «La estrategia esotérica: consideraciones sobre estrategia nuclear», *Atlántida*, (Caracas, Universidad Simón Bolívar), 24, agosto de 1982, pp. 18-33.

³ En torno al concepto de disuasión en el terreno estratégico, me permito sugerir la lectura de mi ensayo «La fuerza militar y la disuasión este-oeste en el Tercer Mundo», *Estudios Geopolíticos y Estratégicos*, (Lima), 9, 1983, pp. 36-51.

Irracionalidad (o falta de cálculo político). 2) Accidente (posibilidad siempre presente en los asuntos humanos). 3) Una estrategia dirigida a «limitar» la guerra nuclear (o «convencionalizarla»), procurando dar a la guerra nuclear un carácter «no-catastrofista», haciéndola en teoría más «limpia» y reduciendo así los efectos paralizantes de la visión del holocausto.⁴ (Los estrategas norteamericanos han sido particularmente propensos a estimular estos puntos de vista).⁵ 4) Una política de superioridad (y no de equilibrio nuclear), dirigida bien a adquirir la capacidad de destruir (a través del incremento en la cantidad y calidad de las fuerzas *ofensivas*), el arsenal nuclear del contrario (*incluyendo* sus fuerzas retaliatorias), o bien dirigida a adquirir una capacidad *defensiva* tal que permita: a) lanzar un primer y demoledor ataque, y b) minimizar o suprimir por completo los efectos del ataque retaliatorio.

El «balance» nuclear, en otras palabras, es *inestable*, y está sujeto a una dinámica cambiante, tanto política como tecnológica: las posturas de los superpoderes sobre las bondades —o ausencia de ellas— de una política de estabilidad y equilibrio pueden cambiar, y los cambios tecnológicos, cada día más veloces y deslumbrantes, pueden con relativa facilidad dar impulso a la recurrente tentación de escapar del callejón sin salida estratégico que impone la diabólica lógica de MAD y afrontar los dilemas *políticos* que la misma crea a través de expedientes de naturaleza *técnica*.⁶

La lógica de MAD es, a la vez, implacable y psicológicamente en extremo difícil de asumir, pues condena a los que la asumen a aceptar una

⁴ Al respecto, puede consultarse el libro de Ian Clark, *Limited Nuclear War*. Oxford: Martin Robertson, 1982.

⁵ Véase Lawrence Freedman, *The Evolution of Nuclear Strategy*. London: Macmillan, 1983, pp. 91-120.

⁶ He discutido las raíces de la «tentación tecnológica» en una cierta visión de la política en mi tesis doctoral: *The Conservative Challenge: Henry Kissinger and the Ideological Crisis of American Foreign Policy*. King's College, University of London, 1984, pp. 169-199.

paz basada en el *temor* a las consecuencias de una guerra, lo que implica la admisión de que no se puede derrotar al adversario, sino simplemente aceptarle. Las principales críticas a MAD son de tres tipos: a) ética, b) política, c) estratégica.

Kissinger resumió con gran claridad en sus *Memorias* los contenidos de las críticas ética y política a MAD:

... la doctrina de destrucción mutua asegurada —escribió— se fundamenta en los más inhumanos supuestos acerca de cómo conducir una guerra. El razonamiento que se hace es que mientras *más* horribles sean las consecuencias probables de una guerra, *menos* probable será que se recurra a ella, y mientras más controlables (y menos horribles sus consecuencias probables) se acrecentarán los riesgos de que la guerra ocurra [...] si la exterminación mutua es el único camino, ningún bando recurrirá al uso de sus armas nucleares.

La pregunta clave es esta: ¿Cómo justificar éticamente una estrategia basada en la amenaza de destrucción masiva de muchos millones de víctimas inocentes?⁷

A la seria incomodidad ética de MAD se añaden sus apremiantes dilemas políticos. Para citar de nuevo a Kissinger:

El dilema nunca resuelto por esta doctrina es psicológico. Está bien que se amenace con el suicidio mutuo con fines disuasivos, particularmente en el caso de una amenaza directa a la supervivencia nacional. Pero ningún presidente puede dar credibilidad a esa amenaza excepto a través de una diplomacia que sugiera un alto grado de irracionalidad —lo cual está impedido por nuestro sistema político— que nos exige proyectar una imagen de moderación y predecibilidad.⁸

⁷ Henry A. Kissinger, *White House Years*. Boston: Little, Brown and Company, 1979, p. 216.

⁸ *Ibid.*

Los políticos, colocados en la posición de decidir sobre materias de tan gigantesca trascendencia, rechazan sentirse acorralados: quieren alternativas, opciones, un margen de flexibilidad. Como una vez lo expresó Nixon: un presidente no debe verse colocado ante solo dos posibilidades — en caso de un quiebre de la disuasión—: el suicidio o la rendición.

De allí se desprende la crítica estratégica a MAD. De nuevo, Kissinger sintetizó admirablemente el problema de esta forma: «Destrucción mutua asegurada es una de esas teorías que suenan impresionantes en un seminario académico, pero son horriblemente inoperantes para un decisor con los pies sobre el mundo real, y que conduciría a la catástrofe si alguna vez fuese instrumentada».⁹ En otras palabras, MAD no da respuesta a la pregunta clave de: ¿Qué ocurre si la disuasión se rompe y se desata una conflagración nuclear? (Es decir, ¿qué ocurre exceptuando la humillación o el holocausto?). He aquí la gran paradoja de MAD; es una estructura concebida para *abstenerse de actuar*, no para la acción práctica, no es posible *comunicarla*, si por ello entendemos, en términos de la relación entre estrategia y política, la posibilidad de llevar a su concreción una teoría abstracta, de transmitir *al político* líneas de conducta para afrontar la guerra. Como lo explica Morgenthau, el compromiso de los superpoderes de usar la fuerza en defensa de sus intereses se halla paralizado por el temor de tener que usarla, y la estrategia nuclear se empantana en su intento de ser un mecanismo construido no para hacer la guerra, sino para evitar las consecuencias predecibles de la guerra nuclear.¹⁰

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Hans J. Morgenthau, «The Four Paradoxes of Nuclear Strategy», *American Political Science Review*, 58, 1, 1964, p. 23.

A las críticas mencionadas —todas provenientes del lado norteamericano— se suma otra, derivada del hecho —que he documentado en otro trabajo—¹¹ de que Washington solo ha aceptado con gran renuencia las implicaciones de MAD —«paridad» con la URSS—, y los líderes y estrategias norteamericanos se han visto reiteradamente tentados por los presuntos atractivos de la búsqueda de *superioridad estratégica* sobre la URSS.¹² Con sorprendente franqueza, Kissinger ha explicado las razones de ello:

... nuestra [Estados Unidos] doctrina estratégica (nuclear) ha confiado extraordinariamente, *quizás exclusivamente*, en nuestro superior poderío estratégico. La Unión Soviética nunca ha confiado en la superioridad nuclear, y ha dependido mucho más de su superioridad (convencional) a nivel local y regional. Por esto, aun una equivalencia en poder destructivo, aun «destrucción mutua asegurada» para ambos bandos constituye una revolución en el balance estratégico [...] la pérdida de superioridad estratégica de nuestra parte ha sido una revolución, *aun si los soviéticos no alcanzan de su lado una posición de superioridad*, pues tal situación (de «paridad» paralizante) libera en mayor medida las ambiciones soviéticas para el intervencionismo regional.¹³

Dicho en otros términos, la «paridad» nuclear con la URSS es un estado de cosas que no ha sido percibido como necesariamente estabilizador por los estrategas norteamericanos, sino como una situación que induce el «aventurerismo» soviético, reduciendo las inhibiciones psicológico-políticas del Kremlin.

¹¹ En mi tesis doctoral, ya citada, pp. 169-199.

¹² La evidencia existente (y recuérdese que la URSS es una sociedad cerrada, por ello la información sobre los debates estratégicos soviéticos es relativamente escasa) sugiere que la posición soviética en el terreno nuclear está significativamente menos expuesta a la «tentación tecnológica», como vía hacia la superioridad, que la norteamericana. Véase al respecto John Erickson, «The Soviet View of Deterrence: A General Survey», *Survival*, November-December 1982.

¹³ H. A. Kissinger, *For the Record: Selected Statements, 1977-1980*. London: Weidenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1981, p. 239, y *Years of Upheaval*. London: Weidenfeld and Nicolson & Michael Joseph, 1982, p. 1176.

Las críticas de MAD fueron el «caldo de cultivo» de la Iniciativa de Defensa Estratégica, popularmente conocida como «Guerra de las Galaxias».

¿Qué es la IDE?

El presidente Reagan hizo pública su Iniciativa de Defensa Estratégica en un discurso televisado a la nación en marzo de 1983, cuyos contenidos fueron posteriormente ampliados y publicados en un más detallado documento. Allí, Reagan explicó que la IDE es «un vigoroso programa de investigación, centrado en avanzadas tecnologías de defensa [...] que proveerá a un futuro presidente y Congreso con el conocimiento técnico que se requiere para fundamentar una decisión acerca de la factibilidad de llevar a cabo el despliegue de avanzados sistemas de defensa [contra misiles balísticos]». El presidente norteamericano enfatizó que el propósito final de la IDE es «hacer obsoletos e impotentes los misiles balísticos», y afirmó que con ese programa su país «no busca ni la superioridad militar ni ventajas políticas. Nuestro único objetivo es buscar vías para reducir el peligro de guerra nuclear».¹⁴

Reagan empleó cuatro argumentos básicos para cuestionar el estado de cosas existentes y justificar su iniciativa: 1) MAD es «inmoral»; b) el «balance» se ha venido desequilibrando en favor de la URSS («el ritmo de crecimiento de los arsenales ofensivos y defensivos soviéticos ha trastocado el balance en aspectos claves para momentos de crisis); c) la URSS tiene su propio programa de militarización espacial, y Estados Unidos no debe

¹⁴ Documento publicado en *Survival*, March-April 1985, pp. 79-83.

quedarse atrás; d) nuevas tecnologías pueden hacer posible una defensa nuclear verdaderamente efectiva...¹⁵

Es importante tener claro que, *por ahora*, la IDE es básicamente un programa de investigación científica en el terreno militar, al cual se han asignado fondos de alrededor de 26 billones de dólares hasta 1988. No me es posible, en este breve trabajo, analizar en detalle las características técnicas del programa; no obstante, puede decirse, en síntesis, que tal y como ha sido formulado por el coordinador del programa en su extenso pronunciamiento público ante el Congreso norteamericano, el 9 de mayo de 1984, la IDE se dirige a desarrollar un sistema de defensa contra misiles balísticos que tendrá cuatro fases, y utilizará las más adelantadas tecnologías en campos tan novedosos como los rayos láser, las armas de energía cinética, y otras muy complejas innovaciones futuristas de la «guerra espacial».¹⁶

Dado el carácter en extremo complejo del problema, conviene no perder de vista lo siguiente: la IDE es un programa que persigue romper la lógica mortal de MAD, a través fundamentalmente de la creación de una defensa eficaz contra *misiles balísticos intercontinentales* —terrestres o submarinos—, lo que no incluye, por tanto, otros tipos de armas nucleares que no tienen trayectoria balística en y fuera de la atmósfera —como misiles «crucero» y explosivos portados por bombarderos estratégicos—. Recordemos: si la *defensa* —para uno solo de los bandos— contra un primer ataque, o contra un ataque retaliatorio, se hace factible y se instrumentaliza, el «balance de terror» deja de tener validez, pues la

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ Véase *Survival*, March-April 1985, pp. 75-79.

disuasión se fundamenta en una amenaza creíble de castigo y, por tanto, en la *vulnerabilidad* del adversario.

Debe también tenerse claro que Reagan hizo una *oferta política* muy precisa en su discurso de marzo de 1983. El presidente norteamericano de hecho planteó la alternativa de un porvenir no muy lejano cuando las armas nucleares serán impotentes y obsoletas, y las ciudades de Estados Unidos *inmunes a un ataque nuclear*. A través de la calidad de la *tecnología* norteamericana, sugirió Reagan, Estados Unidos podrá retornar a la posición de amplia y sólida seguridad territorial de que ha disfrutado la mayor parte de su historia. De tal manera que el público norteamericano en general, el proverbial «individuo promedio de la calle», piensa que lo que la IDE va a lograr es la *invulnerabilidad de sus ciudades* a un ataque nuclear. Se impone enfatizar este último punto, ya que posteriormente al discurso de Reagan, y a medida que los obstáculos para la conquista del objetivo de invulnerabilidad planteado se han hecho evidentes, los defensores de la IDE han modificado paulatinamente las fórmulas iniciales, y comenzado a indicar que la IDE no pretende transformar la disuasión basada en la vulnerabilidad a las armas ofensivas por una disuasión basada en la invulnerabilidad proporcionada por las armas defensivas. La discusión se ha venido orientando más bien en el sentido de sostener que las nuevas tecnologías hacen posible combinar los elementos ofensivos y defensivos de forma tal que el proceso de disuasión mutua se fortalezca en lugar de debilitarse los años venideros. En palabras del analista Fred Hoffman, «La pregunta relevante en el futuro previsible no es si las defensas deben reemplazar a las armas ofensivas; la pregunta más bien es si se debe confiar exclusivamente en las armas ofensivas o en una combinación de elementos

ofensivos y defensivos que sea militarmente eficiente y satisfaga los requerimientos de la disuasión y la limitación del daño (en caso de que la disuasión se rompa)». ¹⁷

Este cambio de énfasis ha sido el resultado del debate especializado, más allá de la retórica con fines políticos, en torno al tema, y es ese debate lo que ahora debo sintetizar.

Realidades y expectativas

El debate en torno a la IDE ha sido muy intenso y ha dado lugar a una vasta literatura en las publicaciones especializadas. ¹⁸ La polémica ha cubierto esencialmente tres aspectos: a) implicaciones político-estratégicas del programa a corto y largo plazo; b) factibilidad técnica del programa; c) costos probables de la IDE.

La evaluación de este debate depende crucialmente de si se toma en serio la esperanza de «inmunidad» expresada por Reagan en 1983 o no. En relación con el primer caso, comparto la opinión expresada por el exsecretario de Defensa norteamericano —bajo Nixon— y exdirector de la CIA, James J. Schlesinger, de que «no hay ninguna esperanza realista de que [Estados Unidos] adquiera otra vez la capacidad de proteger sus ciudades» —y que se perdió con el advenimiento de la era nuclear—. «No hay defensa absoluta y cualquier sistema que se despliegue va a sufrir algún tipo de erosión. Nuestros adversarios desarrollarán técnicas para abrir

¹⁷ Fred S. Hoffman, «The SD1 in US Nuclear Strategy», *International Security*, Summer 1985, p. 19.

¹⁸ Una muestra, meramente indicativa, de trabajos de interés —aparte de los citados en otras notas— es esta: P. J. Garrity: «The US: the Politics of Strategic Defence», *The World Today*, January 1985; J. Boutwell and F. A. Long, «The and US Security», *Daedalus*, Summer 1985; Keith B. Payne and Colin S. Gray, «Nuclear policy and the defensive transition», *Foreign Affairs*, Spring 1984.

agujeros a través de cualquier sistema defensivo espacial». ¹⁹ Mas como bien apunta Schlesinger, aun si se partiese de la hipótesis de que es factible crear una defensa contra misiles balísticos basada en el espacio, *existen otros medios para lanzar explosivos atómicos contra las ciudades norteamericanas*, como son los bombarderos —y más letales aún, y todavía más difíciles de detectar o detener— los misiles crucero. Estos últimos pueden ser lanzados desde aviones y submarinos, y aproximarse a sus blancos desde muy baja altura, en grandes cantidades, y más allá del alcance de un sistema antibalístico. En contraste con la Unión Soviética, Estados Unidos tiene amplias costas marítimas, y a lo largo de ellas se concentra la mayoría de la población; esas ciudades están a merced de los misiles crucero con cargas nucleares que portan los submarinos soviéticos, «y no hay forma de que se pueda detener el impacto de esas armas aun si [Estados Unidos] despliega un sistema perfecto de defensas antibalísticas». ²⁰

Si no se toma en serio el objetivo de «inmunidad» delineado por Reagan, ²¹ y se argumenta que, *tal vez*, un sistema de defensa estratégica podría fortalecer la disuasión y conducirnos a un mundo más estable, el problema asume un contorno marcadamente diferente. En este orden de ideas, cabe ante todo señalar que el argumento de Reagan sobre el carácter «puramente defensivo» de la IDE, que presuntamente le da un carácter no amenazante para los soviéticos, carece de sustentación. La

¹⁹ J. R. Schlesinger, «Rhetoric and Realities in the Star Wars Debate», *International Security*, Summer 1985, p. 5. El más detallado estudio sobre las dificultades técnicas de la IDE es quizás el de la Unión de Científicos (EE.UU) Críticos (Unión of Concerned Scientists), *The Fallacy of Star Wars*. New York: Vintage Books, 1984.

²⁰ Schlesinger, *ob. cit.*, p. 5.

²¹ El propio general Abrahamson, coordinador del programa IDE, admitió que «una defensa perfecta al estilo astrodromo no es realista», *Science*, 10 August 1984.

defensa es una *estrategia*, no un *arma*: una ventaja *unilateral* en la defensa puede significar una ventaja total en la capacidad ofensiva.

Por otra parte, si bien es verdad que varios estudios técnicos han mostrado que hay ciertos casos en que una mezcla de capacidades ofensivas puede mejorar la posición de Estados Unidos en el balance, tales estudios se basan en el supuesto de que las capacidades ofensivas del adversario van a permanecer estáticas o a crecer relativamente poco; esta, no obstante, es una premisa muy endeble, pues no hay razón alguna para no creer que la URSS, enfrentada a despliegues defensivos norteamericanos que amenacen su posición en el balance, no vaya a acrecentar, quizás exponencialmente, sus capacidades ofensivas y así «saturar» y penetrar cualquier defensa.

Precisamente, una de las razones que llevó a los superpoderes a firmar en 1972 el Tratado que proscribe los sistemas de defensa antibalísticos, fue la convicción, demostrada por la experiencia, de que en la cambiante relación ofensiva-defensiva en el campo nuclear, *siempre será más fácil para el atacante multiplicar sus medios de ataque que para el defensor neutralizarlos*, y este último deberá gastar mucho más proporcionalmente por cada intento de detener las armas ofensivas del contrario. Este Tratado, desde luego, ha sido colocado bajo considerable presión por la IDE, y no veo forma de que pueda sobrevivir si el proceso no se detiene a tiempo.²²

En materia de *costos* probables de un programa defensivo creíble, desplegado en varias fases, como el esbozado por el coordinador de la

²² Al respecto, consúltese el trabajo de G. R. Schneider, «Implications of the Strategic Defense Initiative for the ABM Treaty», *Survival*, September-October 1985, pp. 213-225.

IDE,²³ aun los estudios técnicos más sofisticados presentan grandes variaciones sobre, por ejemplo, el número de *satélites*, que se requerirían. Las cifras varían de 90, a 160, a 320, y hasta 432. La experiencia en la era nuclear indica que los cálculos usualmente tienden a *subestimar* masivamente los costos probables de programas de grandes ambiciones como la IDE; esta historia empezó con el propio «Proyecto Manhattan», que desembocó en la construcción de la primera bomba atómica. Las estimaciones para 1942 fueron de 100 millones de dólares, pero los costos reales alcanzaron 2 billones (2.000 millones) de dólares, y debe recordarse que *no hubo contra-medidas japonesas* que les aumentasen aún más —como seguramente sería el caso con la IDE—.²⁴ En los años 1960, los estrategas norteamericanos estimaban que la proporción de costos entre defensa y ofensiva estaba en el orden de 5 a 1, es decir, que con una inversión proporcional de solo 20%, el adversario podía neutralizar la inversión defensiva norteamericana. De otro lado, sería necesario gastar cinco veces más en defensas para neutralizar los efectos de la creación, por parte del contrario, de capacidades ofensivas adicionales.²⁵

El Tratado antibalístico de 1972 pareció dar una respuesta definitiva a la pregunta: ¿qué es preferible, estabilidad estratégica mediante MAD, o con defensas que nieguen opciones de primer ataque y compliquen decisiones críticas del enemigo? Por algunos años, parecía, superficialmente, que MAD imperaba sin dificultades. Pero el balance estratégico no es estático, sino dinámico, y está sometido a múltiples

²³ Véase la referencia en la nota 16.

²⁴ Véase Peter Wyden. *Day One: Before Hiroshima and After*. New York: Simón & Schuster, 1984, pp. 38,56.

²⁵ Schlesinger, *ob cit.*, pp. 7-8.

presiones tecnológicas y políticas. La IDE conjuga ambos aspectos, con características que suscitan los temores del Kremlin.

La reacción soviética

Para comprender en su cabal significado la naturaleza de la respuesta soviética ante la IDE, es crucial tener en cuenta lo siguiente: para el aparato político-militar que domina la URSS, el programa IDE es *más que un reto estratégico*, y adquiere el carácter de un símbolo en el desafío que le enfrenta no solo a otro Estado muy poderoso, sino también en todo un *sistema social*. La IDE representa la «punta de lanza» de una nueva etapa de competencia que «pone sobre el tapete» el potencial económico-industrial, científico-tecnológico y sociopolítico de ambos superpoderes, y la dirigencia soviética se siente *insegura* en este nuevo *round* de su confrontación con los Estados Unidos.

El liderazgo moscovita enfrenta todo tipo de problemas durante el presente período, en relación con la eficiencia de su economía, con la estabilidad de su imperio en Europa oriental, con su tensa relación con China, con el descenso del prestigio de la URSS en el «Tercer Mundo», con su atraso tecnológico respecto a Estados Unidos en ciertas áreas claves, con el «desinflamiento» de la ideología comunista como estandarte del «progreso», y con la decadencia de los partidos comunistas alrededor del mundo.

Sin duda, también Washington confronta dificultades de diversa índole, pero los años 1980 han sido en lo fundamental un tiempo de impulso geopolítico para Estados Unidos, al menos a nivel de *percepciones globales*, y esa imagen —que tanta importancia tiene para los soviéticos en sus

análisis de la «correlación de fuerzas» a nivel internacional— tiene en la IDE un refuerzo primordial.

Los soviéticos poseen su propio programa de «guerra espacial», pero se encuentran detrás de los norteamericanos en áreas claves, particularmente en el terreno de la microcomputación.²⁶ Los comentarios soviéticos sobre el tema revelan que Moscú, en este momento, no ve cómo la *transición* hacia una relación estratégica con Estados Unidos, basada en la *defensa* —y no en la disuasión mediante MAD—, pueda llevarse a cabo sin crear riesgos inaceptables en el camino.²⁷ Los estrategas soviéticos están seguramente muy preocupados de contemplar un posible escenario, que para ellos es de pesadilla, en el cual Estados Unidos se adelanta decisivamente en el campo de los sistemas defensivos y les combina con mejoras ofensivas hasta ganar un claro margen de superioridad.

A mi modo de ver, los soviéticos tienen dos argumentos de peso contra el planteamiento de Reagan en cuanto al carácter presuntamente «solo defensivo» de la IDE: Por un lado sostienen, con razón, que Washington prosigue, con gran celeridad, el desarrollo de sus sistemas ofensivos, construyendo nuevas y más letales armas que se suman a su vasto arsenal nuclear (misil *MX*, submarino *Tridente 2*, misil *Pershing 2*, bombardero *B-1*), lo cual no se comparece con la supuesta intención «defensiva». Por otro lado, el Kremlin se pregunta —y lo hace público al mundo—: si lo que quiere realmente el presidente Reagan es eliminar las armas nucleares de la faz de la tierra, ¿por qué no propone eso, y no otra cosa, a la URSS?

²⁶ Véase el estudio de Paul Stares: «US and Soviet Military Space Programs: A Comparative Assessment», *Daedalus*, Spring 1985.

²⁷ Véase el reporte de un Comité Especial de científicos soviéticos sobre la guerra espacial, publicado en *Survival*, March-April 1985.

La propuesta de desarme nuclear generalizado hecha por Gorbachov en enero de 1986, es uno más de los diversos mecanismos político-diplomáticos que están empleando los soviéticos para contener el ímpetu de la IDE y lograr algún tipo de arreglo negociado con Estados Unidos, antes de que el deslizamiento hacia la militarización del espacio se haga indetenible.²⁸ No se trata de tomar en serio o no tal propuesta, de considerarla o no un «engaño» soviético, sino simplemente de entender que existe un margen para el compromiso entre los superpoderes, que podría al menos someter a mayor —y más temprano— control una nueva etapa de la cada día más costosa y peligrosa carrera armamentista. Las bases de ese compromiso consistirían en la imposición de límites —y, preferiblemente, reducción— en el despliegue de fuerzas ofensivas soviéticas a cambio de restricciones en la producción y el despliegue de las tecnologías defensivas norteamericanas.

En la actual atmósfera política, no obstante, tal compromiso Estados Unidos-URSS es en extremo difícil. De hecho, en marzo de 1986 el secretario de Defensa norteamericano, Caspar Weinberger, sostuvo enfáticamente ante sus colegas de la OTAN que las investigaciones conectadas a la IDE constituyen «la prioridad de las prioridades» y «no son negociables con la URSS».²⁹ El presente y —en la medida en que es posible vislumbrar con alguna certeza— futuro de las relaciones entre los superpoderes, luce por tanto poco estimulante. Los mayores riesgos se derivan de una continua carrera armamentista en que la tecnología dicta las pautas a la política, de la posibilidad de desbordamiento de las crisis regionales, de la voluntad norteamericana de proseguir un rumbo de

²⁸ Los detalles de la propuesta fueron publicados en *Time*, 27-1-86.

²⁹ *El Diario de Caracas*, 22-3-86.

avance geopolítico, y de las inseguridades del «oso ruso», acosado por todo tipo de dificultades y perplejo ante un mundo que paulatinamente le ha ido dando la espalda.

Consideraciones finales

Por lamentable que ello sea, en las relaciones entre Estados la paz no ha sido ni será jamás resultado de los buenos deseos —al menos no de manera exclusiva—, sino básicamente de un *equilibrio de poder*. En tal sentido, el problema central de la IDE es su profunda ambigüedad: ¿se trata de un programa diseñado para reestructurar las relaciones entre Estados Unidos y la URSS sobre nuevas bases, pero que preserven un principio de igualdad o paridad estratégica esencial?, ¿o se trata más bien de una jugada estratégica unilateral de Washington, motorizada por la secreta esperanza de ganar una ventaja sustancial sobre el Kremlin en el terreno nuclear?

Han sido numerosas las manifestaciones del presidente Reagan y altos funcionarios de su gobierno, que permitirían a los soviéticos deducir que el logro de la *superioridad* estratégica es, en el fondo, el propósito clave de la IDE. Ello sería en extremo peligroso para la paz del mundo. Si bien es cierto que la URSS no posee la infraestructura tecnológica e industrial de Estados Unidos, no conviene subestimar la capacidad del sistema soviético —a pesar de sus múltiples deficiencias— para sobreponerse a los más severos desafíos, en particular si está en juego su seguridad, aunque ello requiera los más grandes sacrificios.

Durante la era nuclear, los estrategas y analistas de inteligencia militar norteamericanos han tenido la tendencia a subestimar sistemáticamente las capacidades de respuesta soviéticas a los retos de la

tecnología. Así ocurrió con la bomba atómica, los satélites, los misiles de cabezas múltiples (MIRV), y así podría ocurrir en cuanto a la guerra espacial. Lo razonable sería buscar a tiempo un compromiso. Si bien ninguno de los superpoderes sale con el «rostro limpio» de esta historia, numerosos indicios sugieren que, en *este* caso al menos, Washington está haciendo gala de mayor inflexibilidad.³⁰ En Estados Unidos, la IDE ha despertado la imaginación de mucha gente; ya hay decenas de contratos firmados, los militares están en general felices con el asunto, y los aliados de la OTAN —y Japón e Israel—, aunque en ciertos casos con dudas, vienen siguiendo la pauta de Washington.

Las perspectivas de todo esto son muy oscuras, pues en numerosas ocasiones —la IDE puede ser una de ellas— «lo mejor es enemigo de lo bueno»: MAD puede ser «locura», pero no ha sido —como acertadamente apunta Lawrence Freedman— tan solo una opción estratégica, sino *un hecho de la vida*.³¹ La disuasión a través de MAD ha preservado una precaria paz, y las alteraciones propuestas a través de la IDE —hasta el momento— no son lo suficientemente persuasivas como para pensar que sería preferible cambiar la actual «locura» por una diferente.

³⁰ Esta pareciera ser también la opinión china, al menos según lo sugerido en un largo y detallado artículo publicado en la *Beijing Review*, en el que se acusa a Estados Unidos de buscar «la supremacía militar sobre la URSS». Véase *SURVIVAL*, January-February 1985, pp. 35-38.

³¹ Lawrence Freedman: «The Star Wars Debate», en *New Technology and Western Security Policy*, *Adelphi Papers*, n.º 199, (IISS, London), 1985, p. 36.